

MATÍAS

Carlos Falco



#3 / Ya plena luz hago
la sombra. Títeres y objetos
en escena

En el año 1974 se realiza en el “quincho” de la biblioteca Moreno, en el barrio Can-
dioti de la ciudad de Santa Fe, un curso de iniciación al arte de los títeres dictado por
el reconocido maestro cordobés Héctor Di Mauro. Este curso contaba por entonces
con el auspicio de Teatro Llanura, grupo emergente surgido luego de la diáspora del
teatro independiente santafesino en la década del 60.

Este grupo intentaba recoger los retazos de esa tradición cultural en la ciudad,
una de cuyas experiencias sustantivas fue El Retablo de Maese Pedro, creado y lide-
rado por un artista Mayor que tiempo después
crearía el Instituto de Cine de la UNL: Fernando
Birri. Ese gen titiritesco de Maese Pedro fue el
aglutinante de actores, plásticos, músicos, escri-
tores y poetas santafesinos que lucharon por
encontrar una síntesis de identidad artística y
cultural en aquellos esforzados años.

**Ese gen titiritesco de Maese Pedro fue
el aglutinante de actores, plásticos, músicos,
escritores y poetas santafesinos que
lucharon por encontrar una síntesis de
identidad artística y cultural en aquellos
esforzados años.**

De esa lejana experiencia participaron dos
jóvenes y talentosos artistas, uno, actor prove-
niente del teatro independiente: Chiry Rodríguez Aragón, y el otro, un bonaerense
de Pergamino radicado en Santa Fe, intelectual, escritor y poeta: Jorge Conti.
Tiempo después ambos integrarían como gestores los organismos culturales de la
Municipalidad en un caso y de la UNL en el otro. En esos avatares y cruce de cami-
nos, ambos mantenían una relación de amistad con Di Mauro, quien llegó a fines
del '74 a Santa Fe a realizar el mencionado curso.

Conti, constituido en uno de los líderes del Llanura, junto a Jorge Ricci y Ricardo
Gandini, decidieron crear la Escuela de Teatro del Teatro Llanura, la que tuvo un
éxito inusitado. Cabe recordar que entonces no existía una enseñanza sistemati-
zada oficial del arte teatral en la ciudad. Los grupos independientes de teatro eran

las instituciones donde se aprendían los secretos del oficio en el hacer. Desde un vínculo estrictamente discipular en la trasmisión del conocimiento, la Escuela del Llanura tenía el objetivo primario de encontrar compañeros de trabajo donde los más expertos transmitieran sus experiencias y conocimientos a los inexpertos vocacionales.

El curso de Di Mauro se inscribió como una actividad de extensión y ampliación de recursos teatrales en el marco de los preceptos ideológicos y conceptuales de la Escuela del Llanura.

Memoria

Dejo en este momento la microhistoria del momento y el lugar, para introducirme en primera persona y centrar el discurso en el magma difuso de la memoria y los afectos. Lo autobiográfico también es historia.

Perteneciente yo mismo al Llanura, me integré al grupo por mi relación con Marina Vázquez y por mi condición de alumno avanzado de arquitectura invitado por los directores a realizar trabajos de plástica teatral para algunos montajes del grupo. En ese carácter participé del curso de títeres.

Di Mauro era un extraordinario maestro. Conjugaba rigor estético, virtuosismo técnico (era un gran manipulador) y poseía mucho carisma. Heredero de la tradición del títere español, (de guante o cachiporra), que introdujo en Argentina Federico García Lorca en su recordada visita a Buenos Aires. Una de las funciones del gran andaluz fue presenciada por el poeta Javier Villafañe, quien quedó deslumbrado por la experiencia. En ese momento, "Javierito" como lo llamaban sus discípulos y amigos, inauguró la tradición del títere argentino. Villafañe, autor de grandes clásicos de la dramaturgia titiritesca a bordo de su legendaria carreta/retablo La Andariega, recorrió los más recónditos parajes del territorio nacional. Esa trashumancia también se transformó en una tradición del titiritero argentino. Héctor Di Mauro, discípulo de Javier, entre otros, articuló e insertó el arte del títere en el sistema educativo de la escuela pública e hizo legendarias giras por todo el país dando funciones y dictando cursos para docentes.

Villafañe, autor de grandes clásicos de la dramaturgia titiritesca a bordo de su legendaria carreta/retablo La Andariega, recorrió los más recónditos parajes del territorio nacional. Esa trashumancia también se transformó en una tradición del titiritero argentino.

El curso realizado en la Biblioteca Moreno culminó después de quince días con la consabida muestra final y el festejo correspondiente. Recuerdo vagamente mis roles en las ejercitaciones como aprendiz de titiritero. Uno de ellos fue la construcción de algunos dispositivos escénicos necesarios para la muestra final. Puedo decir que el curso fue, en lo personal, la apertura a un universo totalmente nuevo y el vínculo con un artista profesional de las calidades de Héctor.

Es aquí cuando los recuerdos se entremezclan en los remansos de la memoria y las cronologías se superponen. Quise relatar estos hechos solo con el archivo del recuerdo, sin ningún apoyo documental, para asociar libremente una experiencia de cinco años decisivos para mi actividad posterior en el campo teatral. Como decía Cesare Pavese: “siempre es difícil volver a un lugar donde uno ha sido feliz”, sobre todo en esos momentos donde todo es futuro, donde gozamos de la dulce irresponsabilidad de ser aprendiz en lo humano y en lo artístico.

Tiempo más tarde, estando en mi casa de calle Suipacha, escuché el timbre y atendí al llamado. Se recortó en la puerta la figura de un joven veinteañero, delgado, muy serio y formal, con un extraño bigote algo anacrónico a lo Errol Flynn. Se presentó y lo reconocí vagamente como participante del curso mencionado. El joven en cuestión era Matías Rodríguez. Momentos después de esta aparición, y luego de algunas formalidades, Matías me propuso integrar el Teatro de Títeres Municipal (TTM), próximo a ser relanzado luego de haber sido discontinuado tras alguna experiencia previa en la que había participado también Nancy Del Missier. Esto sucedió y sucede siempre por la tumultuosa y oscilante relación entre el arte y la cultura con el poder del Estado a través de los años y todos los gobiernos.

Esa tarde entendí que el curso de Di Mauro fue también, entre las razones planteadas, un *casting* para elegir a los futuros integrantes del TTM, dado que la actriz Stella Camiletti, del Llanura, también fue invitada a participar en el emprendimiento.

Fue entonces que un flamante arquitecto en busca de trabajo pertinente a su profesión se transformó en un titiritero trabajando, no en una oficina de obras en la Municipalidad de Santa Fe, sino en su teatro oficial, experimentando ahí la gratificante e inolvidable sensación de organizar espectáculos para los niños de la ciudad.

Mis conocimientos sobre el tema eran, obviamente, vagos y limitados. Todo lo que aprendí en cinco intensos y vertiginosos años sobre el arte del títere, fue al lado de un incomparable artista Matías Rodríguez. Poseedor de una fina sensibilidad y una creatividad desbordante, Matías encarnaba la idea del artista completo, dueño de una vasta cultura que se retransmitía desde su entorno familiar. Obsesivo, trabaja-

Matías Rodríguez, en una exposición de UNIMA Argentina en Santa Fe. (1978).



dor incansable, Matías era un autodidacta que poseía una profunda cultura poética, cuya base se asentaba en sus lecturas asistemáticas. Hijo de un talentoso actor y de una artista plástica, fue la persona más divertida que conocí en mi vida. Poseedor de un humor fino y elaborado y del don de ser un gran conversador, combinaba esta virtud dialéctica con la habilidad para resolver con destreza los múltiples problemas prácticos que plantean la puesta en escena y la construcción de muñecos y objetos en un espectáculo titiritesco.

Las largas horas de convivencia en el taller de construcción, alojado en la “chamorrera” del piso de tertulias del Teatro Municipal, forjó entre nosotros una entrañable amistad que perduró a través de los años.

Durante un lustro de locura productiva, el TTM realizaba entre 120 y 130 funciones por temporada en la Sala Marechal. *El*

dorado glotón, de José Luis Pagés; *La triste vaca del rey Tomás*, creación del elenco del TTM; una versión de *La calle de los fantasmas*, de Javier Villafañe, entre otras, fueron repertorio y rutina ofrecidos a los escolares de Santa Fe que concurrían con sus docentes a ver una función, pero también a conocer un edificio teatral y participar, tal vez por primera vez, en el rito de la representación convencionalizada.

El TTM asumió además la realización de festivales nacionales de títeres con el auspicio de UNIMA Argentina,¹ la organización mundial de titiriteros reconocida por Unesco, que convocaron a la ciudad a colegas de todo el país. Estos eventos reunieron a jóvenes y también a experimentados artistas como Kique Sánchez Vera, Alcides Moreno, Mane Bernardo, Manuel Vera, Sarah Bianchi, Silvina Reinaudi, Osvaldo Maggi, Oscar Thiel, Guillermo Thiel y Javier Villafañe, entre muchos otros.

Sería injusto no mencionar al profesor Enrique Muttis, director de Cultura por entonces, cuya gestión decisiva proporcionó impulso para el funcionamiento pleno del organismo.

EL TTM tuvo desde el comienzo la estructura de una comedia estable de trabajo diario, a pesar de que el vínculo laboral con la Municipalidad se establecía a través de contratos precarios anualizados. Se promocionaron talleres, cursos, charlas y reuniones sobre el tema. Recuerdo especialmente uno dirigido por Di Mauro, centrado en la técnica del títere de varillas con el montaje final de *Vida, pasión y muerte de la vecina de enfrente*, de Javier Villafañe.

Obsesivo, trabajador incansable, Matías era un autodidacta que poseía una profunda cultura poética, cuya base se asentaba en sus lecturas asistemáticas.

¹/ UNIMA es la sigla de la Unión Internacional de la Marioneta.



Kique Sanchez Vera (marionetista), Estella Camillett (integrante del TTM), Rubén Vera (marionetista invitado) y Carlos Falco (integrante del TTM) junto a los muñecos de los *Romances juglarescos españoles*. 1978, Teatro Municipal 1º de Mayo.

Otro curso decisivo fue el de construcción de marionetas o títeres de hilo, dictado por Manuel Vera, transitoriamente incorporado al elenco de los romances españoles, quien manipulaba una exquisita marioneta de juglar y presentaba estas encantadoras historias medievales y anónimas.

Este frenesí productivo culminó, precisamente, con la puesta de títeres para adultos de los *Romances juglarescos españoles*, estrenada en el último encuentro de UNIMA en Santa Fe y antes del cierre del organismo hacia fines de 1978. Como ustedes se imaginarán, el golpe fue duro, y las razones del cierre, las de siempre. Los que integrábamos el elenco nos dispersamos y comenzamos a buscar nuevos caminos de realización y sobrevivencia material y cultural.

En ese último encuentro de UNIMA en Santa Fe arribó a la ciudad Ryan Howard, un catedrático e investigador estadounidense de literatura española, con quien Matías mantenía sólida relación epistolar desde hacía un tiempo. Ryan quedó deslumbrado con el espectáculo de los romances. Poco después, una noche, Matías llegó excitado a mi domicilio de calle Vélez Sarsfield. Había recibido desde Estados Unidos, una invitación con dos años de anticipación para participar en el World Puppetry Festival de 1980, a realizarse en la ciudad de Washington. Ryan, como integrante de UNIMA Internacional, había gestionado nuestra participación en ese festival mundial de títeres. Claro, había un inconveniente: todo el material del montaje había quedado atrapado en algún rincón de la Municipalidad de Santa Fe. Salvo algún que otro muñeco que habíamos conservado como recuerdo, no quedaba absolutamente nada material del espectáculo.

Si hay algo de lo que no carecía Matías era de coraje. Después de mirarme fijamente, me dijo: “Carlos... no tenemos nada, pero vamos igual”. Algunos minutos después, mate amargo de por medio, comenzamos a diseñar la reconstrucción del espectáculo.

A mediados de 1980, arribamos a la capital de Estados Unidos un grupo constituido por Fabián Rodríguez, Marina Vázquez, Osvaldo Klug y Ethel Ranallo —estos dos últimos, esperancinos, alumnos de los talleres de Matías— y yo para actuar en una de las salas de la Universidad de Georgetown como integrantes de la grilla de ese imponente, increíble e inolvidable festival.

Vimos en este evento, en vivo y en directo en el Kennedy Center, el show de los Muppets dirigidos por su mismísimo creador, Jim Henson. Y en oposición a ese despliegue espectacular típicamente estadounidense, presenciábamos también la performance minimalista del gran maestro ruso Serguéi Obraztsov, a quienes todos

conocíamos por su libro *Mi profesión*, que lo transformó en leyenda de la teoría del títere. También a Bread and Puppet, que combinaba el ritualismo de la performance en sala como ceremonia religiosa con el arte en la calle lleno de contenidos políticos y éticos que preanunciaban un fin de época próximo, con el desenlace de la guerra en Vietnam.

De regreso en Santa Fe, nos dispersamos definitivamente. Matías abandonó el río y se instaló en Mar del Plata para desarrollar su arte de titiritero en esa ciudad.

Periódicamente nos veíamos. Cada vez que eso sucedía, renacía ese antiguo vínculo de camaradería, complicidad, y esa obsesión por imaginar proyectos artísticos y viajes extravagantes. Junto a su compañera, Adriana Derosa, tuvo un intento de radicarse de nuevo en Santa Fe que no prosperó.

Hacia 1982 fui convocado nuevamente por la Dirección de Cultura de la Municipalidad para reorganizar el TTM. Tanto Matías con proyectos en Mar del Plata como yo en Santa Fe declinamos el ofrecimiento. En las conversaciones con las autoridades municipales de ese momento comenzaron a surgir algunos nombres para el nuevo renacer: Jorge Delconte, Raúl Venturini, Fabián Rodríguez. Más tarde arribaron a este hermoso proyecto Gaby Almirón, Nidia Maidana, Marina Vázquez... y es aquí cuando en la memoria se comienza a generar la injusticia del olvido. Al trabajo de todos ellos y otros compañeros, debemos esta especie de milagro, de algo maravilloso en la historia de la cultura, su vigencia durante cincuenta años.

La última vez que vi a Matías, poco antes de viajar a Canarias, su último destino, no perdía la costumbre de invitarme a seguirlo para un nuevo comienzo.

Epílogo

En 2010 arribó a Santa Fe Fernando Birri para filmar su última película, *El Fausto criollo*, de Estanislao del Campo, y creo también para despedirse de su amada ciudad. Por esos misterios donde se constituyen las cosas, fui invitado a realizar las escenografías para la película. En los meses en los que duró el rodaje tuve la oportunidad, a través de extensas jornadas de trabajo, de conocer los más profundos pensamientos del anciano maestro sobre el lugar del arraigo y su relación con el arte y la misión del cine. En esas charlas (una Maestría para mí) creí entender el espíritu de Maese Pedro. Ese pensamiento romántico, que forjó una identidad para Santa Fe y la transformó por un tiempo en el epicentro cultural de Argentina, según la teoría del campo de Pierre Bourdieu. Matías era heredero directo de esa estirpe.

Una triste tarde, cuando me enteré de su partida, lo recordé años atrás, a mi lado, brazo contra brazo detrás del teatrino del TTM que habíamos diseñado juntos, manejando entre dos y tres muñecos en simultáneo, con esta extraordinaria capacidad y energía que tenía para los desplazamientos simbólicos, condición estructural en el arte del títere. Sus gestos, sus indicaciones silenciosas, su energía... era maravilloso verlo en acción y recordarlo así, en estado de arte puro.

Donde sea que estés, te extraño, amigo. ~

Carlos Falco

Arquitecto. Director teatral, escenógrafo e iluminador. Fue docente e investigador en FADU-UNL. Ha estado vinculado a innumerables proyectos teatrales y cinematográficos desde 1974. Actualmente diseña y construye la sala Cervantes (ATE, Casa España), que se incorpora al acervo cultural de Santa Fe.

Para citar este artículo:

Falco, C. (2024). Matías. *la boya, revista de artes escénicas*, 3(3). Universidad Nacional del Litoral.

DOI: 10.14409/lb.3.3.e0028